

## CONFERENCIA ESCOLAR

### La piedad cristiana

#### I

La piedad es un deber de todas las edades; luego es también de vuestra edad, y aun os diría más: lo es pealmente de vuestra edad. Se engañan, y os engañan los que se atreven a decir que la piedad es patrimonio de la vejez, y que la hora de amar a Dios es cuando nada hay ya que amar en el mundo: al mismo tiempo que es una estolidez, es una insolente blasfemia. ¡Qué! ¿no pertenece a Dios el principio de la vida como le pertenecen el medio y el fin? ¿No es hoy el Dios de bondad como lo ha sido siempre? ¿Tenéis a vuestra edad menos necesidades? ¿Os faltan menos gracias? ¡Cosa extraña! El honor de la humanidad consiste en dar unidad a la vida del hombre desde el primero hasta el último paso, siempre por el mismo camino; sin desviarse ni una sola hora, ni un solo momento, *qualis ab incepto*; y ¿podría la religión, obrando de otra manera, renunciar a ese honor, faltando a sus promesas de ayer, para acordarse de ellas sólo en el último día?

Porque, habéis prometido, hijos míos, guardar fidelidad a Jesucristo. El bautismo os ha obligado a El; y la comunión ha sido testigo de vuestros juramentos. Y todavía os veo en la tarde de ese gran día subir al altar, y puesta la mano sobre el Evangelio, protestar a ese Jesús, presente en vuestro corazón, que seréis siempre suyos: «siempre» decís.

Además, ese homenaje de vuestra juventud es lo que más agrada al Dueño de vuestra vida, porque son las primicias de todo lo que hay en vosotros: la mañana de vuestros días y la primavera de vuestros años. No os recordaré la predilección que en la antigua Ley manifestó

el Señor por la ofrenda de las primicias: *Separabit primitias Domino*; pero acordaos de lo que no ha mucho os dije de aquel joven del Evangelio a quien amó el Señor, y le amó, porque «desde su primera infancia observaba los mandamientos».

Debo también deciros que vuestra edad es la de los amores más ingenuos y de los entusiasmos más ardientes. Ofreced a Dios esa naciente flor de vuestro corazón, mientras conserva todo su frescor y todos sus perfumes. No esperéis, para ofrecerla a vuestro Padre celestial, que se marchite con el calor ardiente del medio día o que sea llevada por la corriente de la calle.

Y por último, hijos míos, debéis dar a Jesús vuestra primera estación, porque no estáis seguros de tener otra. La vida es corta. Mediréis que acaba de comenzar para vosotros; pero ¿me aseguraréis que no está próxima a su fin? Además, «el tiempo es oro», dicen nuestros vecinos los ingleses, y la juventud es una caja de ahorros: poned en ella vuestros tesoros que os reeditarán el ciento por uno en ésta y en la otra vida. No cometáis la locura de esos soldados desarreglados que comienzan por gastar el primer día, y de una vez, la paga o las provisiones que han recibido para toda la campaña. Después vienen los pesares y los remordimientos que duran toda la vida. Escuchad lo que dicen los santos. ¡Belleza siempre antigua y siempre nueva, tarde te conocí y tarde te amé! Ahorraos esos pesares. Por el contrario. ¡qué gozól ¡qué alegría poder decir más tarde a Jesucristo, a nuestro amigo de siempre, que siempre le hemos amado, y que aunque recorramos los momentos todos de nuestra existencia, no encontramos un día ni una hora que no hayamos consagrado a su servicio!

¿Y no es la juventud la edad en que el alma, el corazón, el carácter se ponen en el molde de donde han de sacar la forma que han de conservar hasta la últi-

ma hora de la vida? Ha dicho el espíritu Santo: *Sicut dies juventutis, ita et senectus erit.* Conocéis también lo que se dice en los proverbios: «El mancebo, según tomó su camino, aun cuando envejeciere, no se apartará de él.» Todo depende de los primeros pasos: sean, pues, los vuestros derechos hacia el cielo.

## II

Os quiero piadosos, hijos míos. Pero en esto como en todo hay que distinguir la apariencia, de la realidad, la máscara, del hombre. Hagamos caer la máscara de la falsa piedad, y sigamos la piedad verdadera. Os causará la primera el disgusto que produce la mentira a los corazones honrados, y la segunda os enajenará y os hará suyos para siempre.

Tomar lo que he llamado máscara de la piedad, es hacerse hipócrita. El hipócrita es comediante, lo dice la voz griega, y la hipocresía es comedia. Con muchísima frecuencia se representa en el mundo. Se juega a la religión por interés o por orgullo, por ser o por tener, y lo más santo que hay en el cielo y en la tierra sirve de instrumento al imperio de las pasiones más bajas. Es la doble mentira de la profanación y del sacrilegio.

No hay para la Iglesia azote más funesto que la falsa devoción y los falsos devotos: ¡hay por desgracia tantas gentes que juzgan de la religión por sus falsificaciones! Esos han escrito «*El hipócrita*», y se dan el placer maligno de recitarlo en todos los tablados del mundo, académicos y no académicos. ¡Qué agradable es para ellos la hipocresía, y que bien saben reirse de ella! No nos reímos nosotros, no: nos indignamos, y tenemos para ello muchas razones y ejemplos elocuentísimos. Hace mucho tiempo que nuestro Maestro nos denunció los lobos ocultos bajo pieles de ovejas; hace mucho tiempo que nos enseñó a tener aversión a los fariseos y al farisaísmo;

hace mucho tiempo que la desterró de su reino que es la Iglesia: «Si no es más perfecta vuestra justicia que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

La justicia de los fariseos es la de aquellos miserables que llama el Señor sepulcros blanqueados. Estuco sobre un sepulcro, tal es la hipocresía. La justicia de los fariseos es justicia de aparato que hace tocar delante de sí la trompeta, que lleva las santas máximas escritas a lo largo del sombrero: *Dilatant phylacteria sua*, que busca los primeros puestos en todas las reuniones, como diciendo: «Miradme; soy la piedad, la religión, la santidad», La justicia de los fariseos es la que toma para sí el honor, y deja a los demás la carga, no queriendo levantar ni la yema de su dedo. Así dice también, el Señor. Es, además, la justicia denigrante y malhumorada que hace consistir su propio valer en despreciar al prójimo, y formarle causa hasta por sus méritos: «Ese hombre es pecador, sana a los enfermos en sábado, recibe a los publicanos, y come con ellos». Es la justicia vanidosa que, con la frente levantada, se jacta de sus prácticas de devoción, y se cubre con el manto sagrado de sus ejercicios: «No soy como ese publicano, ayuno dos veces a la semana, y doy diezmos de todo lo que poseo.» ¡Justicia miserable! Pero los enemigos del Evangelio pierden el tiempo con sus sarcasmos y sus carcajadas; llegan demasiado tarde a procesar a los hipócritas: hace mucho tiempo que está pronunciada la sentencia, dictada por el Soberano Juez, y escrita en el Evangelio.

Nosotros, hijos míos, sacerdotes y maestros vuestros, aborrecemos todos los fingimientos. Y si hubiera entre vosotros alguno que se permitiera esas apariencias de devoción, tenga entendido que por ese lado no hará carrera con nosotros. Mejor nos parecen los diablillos fran-

cos, porque esos revelan todo lo que son. Y con gusto diré, pero sólo en este sentido:

«Quien lobo es, cual lobo obrar  
debe, si quiere acertar».

El Salvador nos ha dejado respecto de esto las lecciones más hermosas. Quiere que el discípulo del Evangelio, en lugar de emitir a los fariseos que pregonan los ayunos con las caras blanqueadas, «cuando ayune, se perfume la cabeza, y se lave la cara». No permitáis que el mundo se entere de vuestras mortificaciones. No le manifestéis sino la gracia, la amenidad, el buen humor; guardad para vosotros solos las penitencias, y que no salga de vosotros sino el aroma de la virtud que lleve los hombres a Dios.

La piedad que acabo de delatar es esa piedad que engaña o quiere engañar. Pero hay otra piedad que se engaña a sí misma. ¿Queréis conocerla para huír de ella?

Hay primero lo que yo llamaría piedad de relumbrón. Sin querer ser hipócrita, se contenta con las prácticas y costumbres exteriores, juzgando sin duda que la religión consiste en eso y nada más. Asistir a la oración, más con el cuerpo que con el alma; leer y cantar en la misa sin parar atención en lo que se hace; confesarse por rutina sin examen y sin contrición, comulgar en el día y en la hora indicados por la costumbre o por el ejemplo de los demás, y todo por pura fórmula, ved ahí lo que llamo piedad de relumbrón, si es que eso tiene algo de piedad; no es piedad del cristianismo sino del mecanismo: es una piedad automática que recuerda aquellas máquinas de oraciones de donde salen largos rosarios de que, según dicen, se sirven los Indios, y que se veía en una de nuestras grandes exposiciones.

Llamo también piedad de relumbrón la que se contenta con mostrar seriedad y modestia durante los ejerci-

cios. Muy bien que estéis silenciosos y guardando compostura durante la oración, pero con la condición de que lo exterior no sea sino espejo de lo interior. El fondo debe acreditar la forma; sin aquél ésta nada vale. «Viene la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad», decía Nuestro Señor a la Samaritana. ¿Sois vosotros de esa religión interior que vino a traer al mundo, o creéis que se detiene su mirada en esos aires de compunción que tomáis delante de nosotros? *Deus autem intuetur cor.*

Hay también la que se llama piedad de afecto, o, para hablar mejor, piedad sentimental. Os he hablado mucho del amor de Jesucristo, amor tierno y hasta familiar. Mas hay que comprender que ese amor es un sentimiento viril, y que no puede desvanecerse con los delirios de la imaginación y con la languidez del corazón. Os lo digo y repito, porque a vuestra edad todos los sentimientos se convierten en pura poesía, como en la primavera toda la savia de las plantas se convierte en hojas y flores. A principios de este siglo hubo dos hombres, sobre todo el segundo, Chateaubriand y Lamartine, que pretendieron acostumar las almas a ese cristianismo de imaginación y de sentimiento en que se hacía consistir toda la religión que volvía a aparecer en Francia. ¡Qué desabrida apareció la sal del Evangelio! Todo llevó su sello, hijos míos, todo: los libros y los discursos. Se proclamaban las dulzuras y el amor de Dios, pero el temor de Dios, el respeto a Dios, los juicios de Dios, su ley y su cruz: todo quedó en las sombras. De ahí que apareciera una religión que nuestros padres no conocían, religión maravillosa e impresionable, mezcla de entusiasmos y de debilidades, donde cabía todo menos el Evangelio. Cierto, hijos míos, que no pueden en semejante religión encontrar victorioso freno vuestras pasiones. Se necesita algo más que esos piadosos anhelos. Se necesita la fe en un Dios

vengador y remunerador; se necesita la perspectiva de una felicidad eterna y de una eterna desgracia; se necesitan todas esas cosas terribles, cuyo nombre teme pronunciar nuestra piedad, y que no se quieren oír al pie de la cátedra sagrada, las solas que hacen los fuertes, las solas que hacen los sabios antes de hacer los santos, y de las cuales ha dicho el mismo Dios que son el principio de la sabiduría: *Initium sapientiae timor Domini.*

Quiero también preveniros contra lo que llaman piedad de movimiento. No condeno el movimiento. Es necesario que se mueva todo. Se mueven contra Dios: justo es que alguien se mueva en favor de Dios. Multiplicar las obras, pertenecer a todas las piadosas asociaciones, asistir a todas las reuniones y a todas las fiestas, es un medio santo de emplear el tiempo. ¡Mas tened cuidado! Todas esas obras, consideradas aisladamente, son excelentes; pero la multiplicidad de las mismas puede constituir abuso, y ese movimiento excesivo puede concluir en un desvío.—Para muchos, más que devoción es agitación, ¡y para cuántas almas esa agitación ha sido un anzuelo, una ilusión! ¡Cuántas pertenecen a todas las obras, excepto a aquella en que está su santificación! Veo, por ejemplo, infinidad de católicos que se ocupan mucho en el reino social de Jesucristo, y olvidan el reino doméstico de su propio hogar, o el reino íntimo de su propio corazón y de su propia vida.

¡Ah, hijos míos! ¿no son también obras y ejercicios buenos el trabajo profesional y el deber de cada día? ¿No son agradables a Dios, como obras de piedad y como sacrificios honrosos, un tema bien desarrollado, un problema resuelto con exactitud, una página escrita con corrección, una traducción hecha con fidelidad, un acto de respeto hacia vuestros padres y hacia vuestras

madres, un acto de obediencia a vuestros maestros, un acto de bondad para con vuestros condiscípulos, y un acto de caridad para con los pobres? Admiro, sí, el movimiento; pero aquí quiero ver el recogimiento, la mesura, la discreción. Ya sabéis la historia de aquella santa mujer que hospedó a Jesús en Betania. Creía obrar bien preocupándose demasiado con su servicio. Y sonrióse el Maestro. «Marta, Marta, le dijo, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria». Y llamóle la atención sobre María que, más en paz, había tomado a sus pies la mejor parte que nada ni nadie podría arrebatarle, ni en este mundo ni en el otro.

### III

¿Cuál, pues, será vuestra piedad, hijos míos? ¿qué caracteres deberán distinguirla? Os lo diré en muy pocas palabras: Su luz ha de ser la fe, el aprovechamiento moral su objetivo, su regla el deber, su ejercicio la caridad, y la perfección su medida.

Vuestra piedad ha de tener la fe que la ilumine. Y esa fe, apoyándose sólidamente en el Evangelio, la salvará y la librá de la superstición. Entre las creencias, sabrá distinguir las que vienen del Evangelio de las que vienen de la tradición, y entre las prácticas, las que son de obligación de las que son de supererogación. Con respecto a esto no tendrá más juicio que el juicio de la Iglesia. Ese fondo religioso que hay en nosotros produce chupones, y es capaz de nutrir plantas parásitas que pueden perjudicar a los frutos propios y legítimos, hasta ahogarlos. Es necesario reservar esa savia del árbol para los verdaderos frutos de la vida. No hay que olvidar que el dón de piedad y el de sabiduría son ambos dones del Espíritu Santo: es necesario que obren juntos, y jamás se considerará



autorizado el cristiano para separarlos. Entre gentes discretas se ha de dar a conocer la actividad de vuestra piedad de modo que la razón domine siempre a la fantasía, y que vuestro fervor sepa conservarse bajo la disciplina y la autoridad de Dios.

El objetivo de vuestra piedad ha de ser vuestro progreso y aprovechamiento moral. Entiendo que la piedad debe tender a haceros mejores, corrigiéndoos primero, y perfeccionándoos después. Debe concluir por reformar los defectos de carácter, y por hacer de vosotros los hombres nuevos de que habla el Evangelio.

Desde que sois pladosos, o desde que hacéis profesión de serlo, ¿a dónde habéis llegado en la enmienda de vuestra vida? ¿qué trabajo habéis puesto para hacer desaparecer vuestro orgullo, vuestra pereza, vuestra sensualidad y otras faltas quizá peores todavía? Decís que sois de Dios. ¡y os parecéis a Dios tan poco! Recibís a Dios, y nada tenéis de Dios. Esta, hijos míos, no es sólo una contradicción: esto es un escándalo. Los que os observan, quizá no sepan bien en qué consiste la piedad; pero cuando os ven beberos la santa palabra, besar los pies de Dios manso y humilde de corazón, recibirle en vuestro pecho, y repetir que no sois ya vosotros los que vivís, sino que es El el que vive en vosotros, toman vuestras palabras a la letra, y piensan que lleváis en vosotros mismos la bondad y la gracia de aquél cuyo tabernáculo sois. Mas si, por el contrario, al descender de la santa mesa, no lleváis, bien a vuestra casa, bien al colegio, más que un sér insoportable, intratable, apático, revoltoso, colérico... ¿qué queréis que piensen de vosotros? Dirán que vuestra piedad es puro fingimiento y gazmoñería; y dudarán de vosotros, siendo ésta vuestra primera desgracia. Después, preguntarán cómo no ha sabido la presencia de Dios, la comunión con Dios, transformar esa

ruín naturaleza? ¿y si es posible que Dios resida en un alma, donde se realizan cosas tan extremadamente tristes? ¡Desgraciados! haríais dudar de vosotros mismos; y, lo que es peor todavía, haríais dudar de Dios.

El primer ejercicio de la piedad es la caridad. Oído bien, hijos míos: sólo para dos cosas nos ha traído Dios al mundo, no me cansaré de decírolo, para ser buenos, y para hacer felices a los demás. La primera consecuencia del amor de Dios, y el primer objeto de su gran mandamiento es ser buenos hasta la perfección; y el segundo objeto del mismo mandamiento es hacer felices a los demás por el amor. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Y ¿cómo, pregunta San Juan, podrá amar a Dios a quien no ve el que no ama al prójimo a quien ve? La medida de vuestra piedad será el progreso que hagáis en ese amor.

Para esto vuestra piedad ha de ser amable y hasta jovial. «Dios ama al que alegremente da», dice San Pablo, y recuerdo ahora las palabras de un santo sacerdote de principios de este siglo: «No es posible hacer a vuestra religión una cara ceñuda y grosera: la religión no es un buho, es una paloma». Mas lo que especialmente quiero de vosotros es que sea compasiva vuestra piedad. «Bueno es juntar las manos, pero es mejor abrirlas». Abrídlas al pobre para darle, al desgraciado para abrazarle; abridlas a los atribulados para sostenerlos, y a los caídos para levantarlos. Entonces, como llevaréis con vosotros la viva imagen de Dios, seréis reconocidos como sus hijos muy amados.

Llego, por fin, a la gran palabra, al deber. Haced consistir vuestra piedad en el cumplimiento de los deberes, no sólo de los deberes generales de cristiano, sino más aún, de vuestros deberes especiales y profesionales. Para mí el discípulo más piadoso es, no pre-

cisamente el que reza mejor, y, por consiguiente, trabaja más en el estudio, es más atento en las clases, y se divierte más en el tiempo de recreo, sino el que haciendo todo esto, es mejor hijo y mejor hermano en su casa, mejor alumno en el Colegio, y mejor compañero en todas partes. Los otros pueden decir que aman a Dios; él podrá decir que le sirve. Dirán ellos: Señor! ¡Señor! Mas él hace la voluntad de su Padre que está en los cielos. Que no hay prueba de amor como el servicio; pero el servicio llevado hasta la abnegación, hasta el sacrificio.

Y si tal es, hijos míos, vuestra piedad, ¡adelante! y no pongáis límites a ese impulso de vuestro corazón y a los progresos de vuestra vida. Esta será mi última recomendación. No digáis, como he oído decir alguna vez: Seré piadoso hasta allí, pero de allí no pasaré. Llegaré a tal práctica, a tal frecuencia de sacramentos, a tal número de comuniones, a tal grado en mis prácticas religiosas; pero no me pidáis más. Hablar así es regatear con Dios, que, sabéis muy bien, no ha regateado con vosotros. Vuestra máxima ha de ser llegar hasta donde alcancen las fuerzas y hasta donde os lleve la gracia. La medida del amor de Dios es amarle sin medida. Alguien ha dicho: «La virtud es un abismo: hay que lanzarse a él». Y me agradan sobremanera estas palabras de un gran cristiano. La felicidad en el deber consiste en ir más allá de sus límites. *¡Quantum potes, tantum aude!*

Esta es la perfección que os predico. No tengáis miedo a esta palabra. Un día, una madre cristiana, sin tener en cuenta la tierna edad de sus dos hijos, les habló de perfección. Era en Borgoña, hacia el 1845. Algún tiempo después los sorprendió en el siguiente diálogo: «Dime, Justo, preguntaba el más joven, ¿qué

cosa es la perfección de que nos hablaba mamá días pasados? no comprendí nada». El otro trató de dar una definición de la perfección, y contestó: «Creo que la perfección es una montaña muy alta, muy alta. Para subirla hay que poner mucho trabajo y mucho tiempo; pero, en fin, no hay que acobardarse: podemos llegar allá, si queremos» (1).

El que hablaba de esta manera, llegó después hasta la cima de la montaña. Se llamaba Justo de Bretenières. Murió mártir en Corea el 8 de marzo de 1866.

MONSEÑOR BAUNARD

(1) *Vida de Justo de Bretenières* por Mons. D'Hulst, p. 24.

